

Ética y calidad

Benjamin López Arciniegas
Decano, Facultad de Contaduría
Universidad Central

“Actualmente la humanidad tiene el poder de mejorar considerablemente o, por lo contrario, de destruir completamente el mundo en que vivimos. Dado que las personas son un tanto fuente, como juez de la actividad humana; que toda actividad humana implica valores y que (debido a sus consecuencias de amplio alcance) todas las decisiones son hoy en día de carácter ético, es esencial hablar del impacto de estos principios sobre la vida de las personas”.

(32 Asamblea de la Confederación Mundial de Organizaciones de Profesionales de la Enseñanza).

Este último cuarto de siglo ha estado marcado por notables descubrimientos y adelantos científicos; el nivel de vida ha continuado su progresión con ritmos muy diferentes según los países. Sin embargo, un sentimiento de desencanto parece dominar y contrasta con las esperanzas nacidas luego del último conflicto bélico mundial.

Podemos hablar de desilusiones del progreso, en el plano económico y social. Hoy en Colombia el aumento del desempleo y la crisis económica son prueba de ello. Todo nos evidencia que el “crecimiento a ultranza” no se puede considerar el camino más fácil hacia la conciliación del progreso material y la equidad, el respeto de la condición humana, y del capital natural que debemos transmitir en buenas condiciones a las generaciones futuras.

Como lo plantea Jacques Delors en el informe de la UNESCO de la Comisión Inter-

nacional sobre la educación para el Siglo XXI: “Frente a los numerosos desafíos del porvenir, la educación constituye un instrumento indispensable para que la humanidad pueda progresar hacia los ideales de paz, libertad y justicia social”.

La educación hoy debe afrontar el problema del nacimiento paradójico de una sociedad mundial, y por ende asumir la misión de permitir a todos sin excepción hacer fructificar todos sus talentos y todas sus capacidades de creación, lo que implica que cada uno pueda responsabilizarse de sí mismo y realizar su proyecto personal.

Todo convida entonces a revalorizar los aspectos éticos y culturales de la educación, y para ello dar a cada uno los medios de comprender al otro en su particularidad y comprender el mundo en su curso caótico hacia una cierta unidad.

El aspecto ético está ligado a un fenómeno social muy importante como son las ideologías vigentes y es así como la relación ética-educación se ha planteado en los últimos tiempos desde la visión dominante aislada del contexto vital y social; por esto se pierde el verdadero papel de la ética al olvidar que es cuestión de llegar a ciertos principios racionales, que orienten la acción, en los cuales, sin duda, podemos ponernos de acuerdo después de discutirlos.

Se ha descentrado así el fundamento de la relación o mejor la relación misma: la educación es un proyecto ético.

La historia nos muestra en varios momentos, como en el caso de los griegos, una visión

de la relación que establece el maestro con el discípulo de diálogo permanente, tomándolo en serio y exigiéndole, incitándolo, en un ejercicio del preguntar que se convierte en todo un arte.

Luego viene el advenimiento de la moral romana que instaura una escisión, desaparece el diálogo. El maestro habla desde la verdad, el principio está afuera en el dogma. El discípulo no pregunta, escucha, permanece silencioso. La condición para adquirir la verdad es el arte de escuchar. La ética fundada en este principio exterior desarraiga al individuo.

Es así como hoy la relación ética-educación ha sido pensada como la yuxtaposición de algo a algo, ya sea la norma al acto, el principio de la acción, el deber ser al ser, y esta forma de constituir el individuo en sujeto ha entrado en crisis.

Recuperar la relación perdida entre pedagogía y ética es pensar nuevas formas de enseñanza y volver a pensar también la finalidad misma de la educación.

Podríamos decir que esa ética del aprendizaje instaurada en el ejercicio docente no ha permitido una real enseñanza para el pensamiento que exprese una manera distinta de estar en el mundo y de proceder en el discurso.

El reto se da en la problematización de los conocimientos y de los saberes para abrir espacios que generen pensamiento creador para la cultura y las ciencias. Hay que partir de lo que tenemos, de lo que ya sabemos, pero no podemos quedarnos ahí... es preciso sospechar de lo establecido, proponer una pedagogía de la pregunta, despertar la búsqueda, ejercitar el pensamiento.

Debemos reconocer que mediante el ejercicio de pensar podemos superar la inmediatez de lo evidente, del sentido común y salir de la falsa conciencia, de la representación sensible de la opinión. Es invitar a hacer un esfuerzo y asumir el riesgo de construir nuevas "verdades", pero no para cambiar a los demás sino para confrontar nuestros hallazgos con los de otros en un debate lógico y crítico que permita que la realidad y el mundo, el individuo y la sociedad sean conceptualizadas, comprendidas, explicadas en un intercambio productivo de diferencias y perspectivas. Es una nueva pedagogía que haga de la pregunta una vía a la investigación y de la enseñanza un concepto para replantear la cultura, el pensamiento, el lenguaje, la ética.

No pregonamos tolerancia o escepticismo sino rigor en la discusión y exigencia de cohe-

La formación tiene que ver entonces con relaciones entre personas, que al interactuar logran alcanzar **metas;** seres aptos para participar activamente en la construcción de una realidad cada vez con mayor exigencia de **humanización** y en la cual el bienestar de las mayorías es el reto para quienes por convicción y compromiso asumen con seriedad su quehacer profesional.

rencia lógica. Es en suma, hacer del pensamiento una actividad fundamental que pretende construir conceptualizaciones sobre la naturaleza y la sociedad, ejercicio dinámico y permanente que da sentido y significado al proyecto de existencia humana.

Por tal razón, la formación profesional debe apuntar a la calidad humana propiciando un conjunto de acciones que desarrollen en las personas su creatividad, asombro, toma de decisiones, participación y liderazgo; partiendo del cultivo de las facultades morales, cognitivas, psicológicas y físicas que permitan su compromiso responsable con la sociedad desde su quehacer profesional.

De allí que la formación profesional se la debe entender a partir del autocultivo intelectual, social y ético como epicentro. Epicentro que se abre al respectivo campo de conocimiento profesional elegido, que cual espiral se proyecta desde el interior de su mundo, hacia el exterior en relaciones y correlaciones de la realidad específica como parte del contexto total.

La formación tiene que ver entonces con relaciones entre personas, que al interactuar logran alcanzar metas; seres aptos para participar activamente en la construcción de una realidad cada vez con mayor exigencia de humanización y en la cual el bienestar de las mayorías es el reto para quienes por convicción y compromiso asumen con seriedad su quehacer profesional. Por esto, se requiere del cultivo en la sensibilidad social, y para hacerlo el conocimiento como instrumento debe estar rodeado de un alto criterio ético.

En este proceso la dimensión del maestro es profunda y seria, bien lo plantea el P. Alfonso Borrero Cabal en el epílogo del documento número XIII del Simposio Permanente sobre la Universidad: "El buen maestro se allega a la totalidad de la personalidad del alumno, sin ceñirse al cultivo de estrecha porción intelectual, por razón de la asignatura enseñada. El maestro esculpe la escultura íntegra del ser,

como el artista el cuerpo entero de su obra. Forma el todo, no la parte, respetando en el alumno la insondable solemnidad del ser humano. Si enseña matemáticas, biología o los misterios de la naturaleza inanimada, sabe llegar el maestro, por sobre el detalle de lo enseñable a su cargo, a la profundidad de los valores del pensamiento, de la vida, del orden que de modo consciente e inconsciente sus estudiantes le reclaman".

Es la diversidad en la unidad la que permite construir un camino que responda a un proyecto ético capaz de asumir la función que recree el compromiso de la inter-relación pedagógica. El Padre Borrero expresa: "Dista la autoridad del maestro de convertir a sus discípulos en incondicionales creyentes, no alquila servidumbres intelectuales. Entre maestro y discípulo, medianera es la verdad y como cada uno se aproxime a ella, por su paso y ritmo. Maestro y discípulo se sitúan en condiciones casi de iguales frente al horizonte amplio de los valores y la cultura humana. Buscan la convergencia en la verdad".

Nuestra responsabilidad como formadores de hombres tiene un contenido ético tal que no podemos evadir esta exigencia; magistralmente el Padre Borrero en el documento citado lo expresa: "Ser maestro es enseñar a pensar como el discípulo ha de pensar; no a la manera que el maestro piensa, ni de pensar lo que piensa el maestro. La desigualdad entre maestro y estudiante se restablece en igualdad, porque la vocación de ser auténtico discípulo es, a la vez, vocación de ser maestro. El maestro sugirió Nietzsche, poseedor de discípulos, los forma para la infidelidad porque los predestina a la maestría de pensar por sí mismos".

La implementación de esta visión en nuestro acontecer nos acercará a ese tránsito de pertinencia social, al encuentro de la excelencia integral desde el principio de la Calidad. Apropiarnos de esta dimensión no es más que "Hacer las cosas bien", por encima de facto-

res, indicadores y referentes, convirtiéndola en una actitud, en un estilo de vida que nos permita ser actores del desarrollo nacional y lograr ser el puente entre la Universidad como institución y la universidad como comunidad, en procura de delinear un camino que nos permita diferenciarnos por ser los mejores.

La voluntad de esta unidad académica es por tanto la respuesta a los principios institucionales expresados por nuestro Rector, Doctor Rubén Amaya Reyes: “La Universidad Central continúa su marcha sin prisa pero sin pausa trabajando todos para el bien de todos; cultivamos el amor a la verdad; vivimos en función de la emancipación del error. Somos una institución abierta a todas las expresiones del pensamiento, de la investigación, del debate, del cuestionamiento. Somos plurales”.

Un proyecto educativo ético exige cohesión, metas comunes como lo sintetiza claramente la UNESCO en su informe sobre la educación para el Siglo XXI: “La cohesión de toda sociedad humana procede de un conjunto de actividades y de proyectos comunes, pero también de valores compartidos... En todo el mundo, la educación, en sus distintas formas, tiene como cometido establecer entre los individuos vínculos sociales procedentes de referencias comunes. Los medios empleados varían según la diversidad de las culturas y las



circunstancias pero, en todos los casos, la finalidad principal de la educación es el pleno desarrollo del ser humano”.

En consecuencia, una de las primeras funciones que incumben a la educación consiste en lograr que los hombres puedan dirigir cabalmente su propio desarrollo, y dentro de esta perspectiva, en primera instancia, es básico el posibilitar que cada persona se responsabilice de su destino a fin de contribuir al progreso de la sociedad en la que vive, fundando el desarrollo en la participación responsable de las personas y las comunidades. Nos precisa la UNESCO: “La educación contribuye al desarrollo humano, ese desarrollo responsable no puede movilizar todas las energías sin una condición previa: facilitar a todos, lo antes posible el ‘pasaporte para la vida’ que le permitirá comprenderse mejor a sí mismo, entender a los demás y participar así en la obra colectiva y la vida en sociedad”.

Nuestro compromiso con una educación ética nos exige propiciar procesos donde comprendamos la diversidad de la especie humana, con sus implicaciones para la convivencia y la contribución a una toma de conciencia de la interdependencia de los seres humanos, donde la confrontación mediante el diálogo y el intercambio de argumentos, será uno de los instrumentos necesarios de la educación del Siglo XXI.

El gran reto para todos los aquí presentes es el de propiciar en nuestro devenir por cada

uno de los espacios en que nos desenvolvemos, un pensamiento autónomo y crítico capaz de posibilitar la elaboración de juicios propios que determinen en cada uno la decisión adecuada frente al deber ser y hacer en las diferentes circunstancias de la vida, permitiendo un comportamiento responsable y justo.

Como reflexión final de esta intervención retomo, del informe a la UNESCO en el aspecto referido a los cuatro pilares de la educación, la siguiente proposición: “La educación a lo largo de la vida se basa en cuatro pilares: aprender a conocer, aprender a hacer, aprender a vivir juntos, aprender a ser. Aprender a conocer, combinando una cultura general suficientemente amplia con la posibilidad de profundizar los conocimientos en un pequeño número de materias. Lo que supone, además, aprender a aprender para poder aprovechar las posibilidades que ofrece la educación a lo largo de la vida. Aprender a hacer a fin de adquirir no sólo una calificación profesional sino, más generalmente, una competencia que capacite al individuo para hacer frente a un gran número de situaciones y a trabajar en equipo. Aprender a vivir juntos desarrollando la comprensión del otro y la percepción de las formas de interdependencia. Aprender a ser para que florezca mejor la propia personalidad y se esté en condiciones de obrar con creciente capacidad de autonomía, de juicio y de responsabilidad personal”.

bojas Universitarias.....